

LA JUVENTUD.

La juventud, es verdad,
Es de la vida la aurora;
Dichosa edad que atesora
Sueños de felicidad.

Es la luz de la mañana
Que baña pura y serena
La senda de flores llena
Que primavera engalana.

Cuando su blando destello
Dora nuestra frente pura,
Todo es ilusión, ventura,
¡Todo es tan dulce, tan bello!

¿Qué sabe el alma dormida
Qué dulce paz ha arrullado
Lo que le tiene guardado
En sus secretos la vida?

Al tratar de comprender
El misterio que la halaga,
Por dulce esperanza vaga
Se deja el alma mecer;

Y al mirar el porvenir
Teñido de azul y rosa,
Piensa ¡ilusión engañosa!
Que es muy hermoso vivir;

Y se sueña en un pensil
De blancas y hermosas flores,
Do derrama sus primores
El mes gracioso de Abril;

Y cree que en su derredor
Es todo luz y armonía,

Frescura en la selva umbria,
Aroma en la casta flor.

En su aspiración divina
No comprendiendo el dolor,
Admira absorta la flor
Y no vé nunca la espina,

Ni piensa un solo momento
Que cruel y osado el destino
Lanzar puede en su camino
La sombra de un sufrimiento.

¡Cuán triste es al despertar
De tan hermosa quimera
Saber que en vano se espera
Dicha que no se ha de hallar;

Que si un paso se adelanta
En la senda de la vida,
Huella marchita y perdida
Una ilusión nuestra planta;

Que tras la nube dorada
Que el porvenir envolvía,
Asoma desnuda y fría
La realidad descarnada;

Que la mano del dolor,
Al desgarrar nuestro seno,
Derrama hiel y veneno
En el cáliz de la flor,

Y que la luz blanca y pura
Que alumbró nuestro camino
Como el reflejo divino
De una ilusión de ventura,

Es el rayo abrasador
Que en el rigor del Estío
Destruye y abrasa impío
La fuente, el árbol, la flor!

Dichoso el que ha conseguido
Salvar en la lucha fiera,
Una memoria siquiera,
Recuerdo de un bien perdido:

Y al mirar á lo pasado,
En medio á su amargo duelo,
Puede dar ese consuelo
Al corazón destrozado.

Es muy dulce al recordar
La dicha que se ha perdido,

Sobre un recuerdo querido
Triste llanto derramar;

Y cuando nada se espera
De este mundo de dolores,
De la memoria las flores
Guardar intactas siquiera.

Poderse siempre decir
El corazón resignado,
Cuando la dicha ha pasado,
Que recordar es vivir.....

Que es el mas crudo tormento
Del corazón hecho trizas,
No guardar ni las cenizas
De un profundo sentimiento.

Isabel Prieto de Landázuri.

REVISTA.

Exórdio.—El viénes de Dolores.—El paseo de las flores en México.—Los altares.—La Semana Santa en Leon, hace treinta años.—La Semana Santa en 1870.—Reflexiones.—Compañía dramática.—El artículo del mes de Mayo.

Avergonzados de nuestra ineptitud ante las dos últimas brillantes revistas de nuestro amigo Altamirano, tentados nos hemos visto de arrojar la pluma lejos de nosotros, y hacer, á lo menos por esta vez, gracia de nuestras humildes y desaliñadas crónicas, á los benévolos lectores de "el álbum." Pero como nunca nos dejamos llevar del impulso de un primer movimiento, nos hemos puesto á reflexionar tranquilamente, y armados con el escudo de la audacia que siempre á la mano tenemos los ignorantes para salir de nuestros apuros, hémos aquí al fin decididos á ahogar la voz de nuestro amor propio rebelado, y á departir amigablemente con los que oirnos quieran, sobre los mismos puntos precisamente de que se ocupa el ilustrado cronista del «Siglo.» Esta decision no ha sido dictada por el necio prurito de hablar de todo, ó por no ser menos que los demas autores de revistas, como de nues-

tra pequeñez podría pensarse, ni tampoco por el afán de tomar una parte en el concierto como el burro de la fábula; la idea de reflexionar un poco sobre las costumbres antiguas y las modernas en la Semana Santa, nos la ha inspirado la consideración de que los escritores de México se refieren solamente á aquella ciudad, y sabido es que en todas las naciones se nota una grande diferencia entre los usos de las capitales y los de las provincias.

Por otra parte, aunque los objetos que nos proponemos describir sean los mismos, diferentes tienen que ser las apreciaciones que de ellos hagamos; y sin pecar de presuntuosos, nos halaga la esperanza de que, perdonando bondadosamente el pobre estilo nuestro, las observaciones que á la imaginación nos vengan serán gratas á los que piensan de la misma manera que nosotros.

Dicho esto, que servirá en parte de disculpa á nuestro atrevimiento, ponemos punto á este exordio que se alarga ya demasiado, y comenzamos nuestras tareas.

*
* *

El viénes de Dolores dá principio esa larga série de solemnidades religiosas y de paseos y fiestas, que tanto en la capital como en los Estados, acompañan siempre á la Semana Santa. Pero esas alegrías que mas se inclinan á lo profano que á lo religioso, esas reuniones, esos paseos, sin embargo de tener entre sí un marcado aire de familia, son esencialmente distintos, y se presentan con su fisonomía propia en cada una de las poblaciones de la República.

El viénes de Dolores es en México un dia muy alegre, sobre todo por el paseo matutino que tiene lugar en el desembarcadero del Canal de la Viga, y que es muy poético, segun aseguran los cronistas. Para que nuestros lectores se formen una idea de su poesia, procuraremos hacer de él una ligera descripción, apelando á nuestros recuerdos. Desde las seis de la mañana una multitud escogida y brillante, pero compacta, se pasea bulliciosa entre flores, pisando sobre fango, y dándose empellones y codazos con la mayor urbanidad. Pero el que sale de aquellas estrechas calles, abrumado de pisotones, con el pantalon lleno de lodo y un magno desgarron en la levita, tiene á lo menos el consuelo *de haberse divertido mucho* y de haber estado mano á mano con la mas selecta sociedad de México. Aquello es delicioso, es un paseo modelo que debemos imitar al pié de la letra los sel-

váticos provincianos: allí las lindas y delicadas damas ostentan los tesoros de su belleza, medio ocultos por los celosos velos negros; allí *pollos y gallos* aletean gozosos como que estan en su elemento; allí es el cruzarse las ardientes miradas y el deslizarse furtivos los perfumados billetes, burlando la vigilancia de los argos maternas; allí reinan en todos los corazones la alegría y el amor con su veleidosa omnipotencia, y allí, en fin, los amantes y los poetas encuentran por dos ó tres horas el paraíso de sus sueños, haciendo abstraccion, por supuesto, de las asquerosas indias, verdaderos tipos de abyeccion y de miseria, en el centro de la opulencia y de la civilizacion, pobres desheredadas de la suerte que con sus harapos y sus cabezas desgredñadas, coronadas de amapolas, forman uno de los mil amargos contrastes de la vida. Muchas veces, confundidos nosotros entre aquella elegante multitud, nos hemos sentido heridos por los rayos de aquellos expresivos ojos rasgados y resplandecientes, y hemos admirado los espléndidos trajes de luaré; pero conmovidos por sentimientos diversos, hemos experimentado tambien una impresion dolorosísima al contemplar mezclados indignamente la poesia y la prosa, el lujo y la miseria, las flores y el lodo, los perfumes de nardo y de verbena que se exhalan de los sedosos rizos de las mil beldades, y los mefíticos miasmas que se desprenden del inmundo canal.

En Leon no tenemos nada de esto; y aquí comienzan las diferencias. Afortunadamente ¡los indios de nuestros alrededores, aunque mas lejos de la civilizacion estan mas civilizados: se visten con mas aseo; algunos de ellos saben leer, y los mas son laboriosos artesanos que ganan hanradamente su subsistencia.

Nuestros paseos carecen de animacion y de atractivos, son verdaderamente monótonos y salimos de ellos con los ojos y la garganta llenos de polvo; pero en cambio no sentimos el lodo en los piés como en México, ni la amargura del desaliento en el corazon.

Volvamos al viénes de Dolores. Esa mañana tuvimos la humorada de ir á la calzada y la encontramos desierta; nuestras preciosas *pollas* gustan mas de disfrutar las delicias del último sueño que de aspirar las frescas y aromáticas brisas matinales. Tomamos nota de esta observacion y nos volvimos casi tristes y de mal humor. En la noche la decoracion habia cambiado completamente: las calles estaban animadísimas: todo el mundo habia salido á ver *altares*. Esta inocente costumbre de formar *altares* en la mayor parte de las casas, va desapareciendo en México; pero en nuestra

bella ciudad se conserva aún, y tentados estamos de decir que exita mayor entusiasmo que antes. El viérnes de Dolores es esperado con impaciencia por todas las clases de la sociedad. Hasta en las casas mas pobres, tres ó cuatro dias antes, la mesa, el baúl, la caja despensera, la silla pequeña, y hasta los cajones de los puros son removidos de su antiguo sitio y pasan á formar una parte integrante del altar. Luego vienen los manteles, las servilletas, las sábanas, los sembrados de chia y de cebada, los vasos con aguas de colores, las naranjas, las banderitas de oro volador y las velas escamadas. Generalmente los altares no se forman por la tierna inspiracion de un sentimiento piadoso, sino por vanidad, por no ser menos que el vecino, por hallar muchas veces un pretexto plausible para la diversion y la alegría. Allí la música de cuerda con la profana y zandunguera armonia de las danzas habaneras se asocia al recuerdo de los dolores de la Virgen; ni una sola alma piensa en elevar una oracion, pero todas las bocas se llenan de horchata y de agua de chía; la piedad de los devotos se exhala en el humo de los cohetes y no es raro que la reunion termine con un animado baile. ¡Ojala que esta costumbre se extinga, si es que no ha de tener el caracter piadoso y grave que le corresponde!

*
* *

Hace treinta años, las fiestas de la Semana Santa eran en Leon un verdadero escándalo que, por decoro de la religion, no pudo menos de prohibir uno de los mas ilustres obispos de Michoacan. En esos dias habia una reunion numerosa compuesta de traficantes, de tahures y de gente perdida que acudia presurosa de los vecinos Estados de Jalisco, de Aguascalientes y de S. Luis Potosí. En ese tiempo se jugaba y se hacian cosas peores á ciencia y paciencia de todo el mundo. El lúnes santo comenzaban el regocijo y las procesiones: millares de imágenes de Cristo de diferentes tamaños, á las cuales llamaban *pasos*, recorrían las calles de la poblacion con su respectivo séquito de alumbradoras y su orquesta de chirimias: estas imágenes eran conducidas en pequeñas andas unas, y otras en gigantescos templetos de maderá de veinticinco varas de altura, á los cuales daban, no sabemos por que, el nombre de *baldoquines*. Cada uno de estos *pasos* tenia su mayordomó, y su acompañamiento de cargadores vestidos de *nazarenos*, y su comparsa de fariseos y de soldados de la guardia pretoriana. No habia procesion donde no saliera el centurion en su caballo bailador, con sus dos ó tres caballos de

mano, seguido del carro de la muerte y de otras varias figuras verdaderamente grotescas. En este tiempo las *alumbradoras* se engalanaban con sus sayas de raso y sus mantillas alquiladas, y torpes en sus movimientos, con semejantes adefesios, las infelices exitaban la risa de los católicos mas graves y convertian una ceremonia imponente en la mas graciosa mascarada que imaginarse puede. Los mayordomos de los *pasos* eran en lo general *rumbosos*, como suele decirse; *echaban todos la casa por la ventana* y alguno habia que gastaba en una noche, en cera y vino, la mitad de su pequeña fortuna y los ahorros de un año entero.

Las procesiones terminaban casi siempre á las dos ó tres de la mañana: durante este tiempo no les faltaba nunca que hacer ni á la justicia, ni á la policía correccional.

En 1870 todo ha sido distinto. Por arraigadas que esten las costumbres en los pueblos, se van al fin con los años, como los individuos y las generaciones; así es que de ese desagradable conjunto que hemos procurado describir, no nos queda en la actualidad ni la sombra. La reforma ha hecho desaparecer implacable las procesiones; y el espíritu de la época ahuyenta con su luz las vergonzosas preocupaciones de otro tiempo.

Este año hemos visto con satisfaccion que circunscritas al recinto de los templos, las ceremonias de la semana santa han tenido la solemne magestad que debe rodear siempre al recuerdo de tan augustos misterios, sin embargo de haber sido todavia turbadas por la profana curiosidad de algunos y por la mala educacion de otros. ¡Ojala que en los años venideros sea en Leon la Semana Santa lo que debe ser en un pueblo ardientemente católico, pero ilustrado. Queremos la extincion de los abusos, pero deplorariamos que nuestra sociedad tocara en el otro extremo que bien pudiera llamarse el fanatismo de la despreocupacion. Nunca hemos sido, ni seremos jamas partidarios de los que aman los recuerdos inquisistoriales; queremos la civilizacion, pero no la espúrea, no la que es toda hojarasca y oropel, sino la verdadera, la buena, la lejitima, la que combate desapiadada al vicio y cubre cariñosa con su manto todas las creencias y todas las opiniones. Ni en la Semana Santa, ni en ninguna otra época del año queremos volver á ver el carnaval semi-pagano de otros tiempos, con sus *pasos*, sus *baldoquines*, sus *indias con sayas* y sus caricaturas de Pilatos y de Caifás; pero tampoco queremos las bacanales en los cafés, como en México, ni los suicidios diarios, ni los desafios impunes, ni las escandalosas aventuras galantes de los Tenorios de quince años.

A la capital le envidiamos sus numerosas escuelas, sus colegios, su única biblioteca pública, su museo aunque pobre, sus teatros, sus casinos, su tívoli, sus estatuas, sus hospitales, sus casas de asilo y sus sociedades de beneficencia, no sus indios sin conquistar, no los desconsoladores cuadros con que Cuéllar ha formado su "Ensalada de pollos," no su mezcla de opulencia y de miseria, ni sus amargos contrastes, ni su inmoralidad, ni su decantada civilizacion del "can-can" y del "Tá y el Té."

*
* *

Despues de la clausura acostumbrada durante el tiempo de la cuaresma, nuestro teatro abrió sus puertas para volverlas á cerrar inmediatamente. Una compañía dramática, ave de paso que no supo captarse las simpatías de nuestro público, dió el domingo de pascua su primera funcion representando el antiguo y conocido drama intitulado: "La aldea de Sn. Lorenzo:" el martes puso en escena el juguete de Zumel: "Las riendas del gobierno," y cantó el juéves por despedida: "La Cola del Diablo," zarzuela que goza de universal fama por sus *gracias inmorales*, y porque es un tipo de necedad y de mal gusto literario.

La primera noche, segun sabemos, el teatro se quedó á oscuras, ántes que terminara la representacion, y tanto en esa noche, como en las demás, la escena era cruzada frecuentemente por parvulillos en camisa; los actores iban y venian del escenario al salon y del salon al escenario, á la vista del público; añadian á las piezas cuanto á las mientes se les venia, y hacian además ademanes indecorosos ajenos de la dignidad del arte y del respeto que se debe á un público, aunque sea *de provincia* y aunque esté en un local inmundo, entre insectos y telarañas. Todas estas faltas quedaron impunes, y esto nos hace creer que no habia esas noches juez de teatro. Lo avisamos á quien corresponda.

*
* *

Antes de terminar esta revista, pedimos á nuestros lectores perdon por no haber publicado ahora el artículo relativo al mes de Mayo; pero ofrecemos hacerlo en el número próximo.

Leon, Mayo 1º de 1870.

José Rosas.

